

ARTICULOS

GALDOS Y EL EPISODIO NACIONAL MONTES DE OCA (*)

Por ENRIQUE TIERNO GALVAN
UNIVERSIDAD AUTONOMA

Don Ildefonso Antonio Bermejo, ha sido y aunque con menos asiduidad aún lo es, uno de los autores a cuyas obras más se ha recurrido para ilustrar la historia contemporánea de España. Sin embargo, apenas nadie, salvo en las notas necrológicas o en observaciones ocasionales, se ha ocupado de estudiar *La Estafeta de Palacio*, ni las demás obras del autor, que no son pocas aunque desiguales en mérito.

La obra de Bermejo a la que me voy a referir, la que acabo de mencionar tiene una estructura sumamente curiosa. Son Cartas dirigidas al Rey don Amadeo las que componen el primer y segundo tomo y al Príncipe don Alfonso, que con el tiempo había de ser don Alfonso XII, las que integran el tercero. Este último está editado en 1872, es decir, tres años antes, sobre poco más o menos, del pronunciamiento de Sagunto, lo que da idea del acierto con que corrigió el autor el primer yerro de dar consejos aleccionadores a un Rey que había de durar tan escaso tiempo. En el tomo tercero se dirige a un Príncipe que poco después había de ocupar el trono, restableciendo, por bastantes años su dinastía en él.

Las cartas lo son más por la intención y por los preámbulos que por su ajustamiento al criterio que prevalece en el género epistolar. A la tercera o cuarta página el lector se ha olvidado de que está leyendo una carta y del propio personaje a quien se dirige. Sin embargo, nunca se pierde el criterio admonitorio o de consejo. Momentos hay en los que el lector cree tener entre las manos uno de los muchos *Consejos y Consejeros de Príncipe* que tanto abundaron en el Siglo

(*) De un libro del autor próximo a editarse sobre las fuentes históricas del *Episodio Montes de Oca*, Edit. Tecnos.

de Oro. Debió ser don Ildefonso Antonio gran lector del *Emperador Marco Aurelio*, de Fray Antonio de Guevara, pues imita el estilo, propende a citar parecidas autoridades y al igual que su modelo, cuando le parece bien inventa, aunque diciéndolo y únicamente en los casos, en que se mete a suponer cuáles eran los pensamientos de algún personaje, salvo ocasiones muy raras en que dice que se lo contó un testigo presencial siendo patente que no podía ser así. No llegó nunca a la novela histórica ni a las famosas mentiras que su precursor introdujo en las *Epístolas familiares*, que son el arquetipo que tuvo presente Bermejo para escribir las suyas además del *Marco Aurelio*.

No quiero caer también en la manía de inventar por mi cuenta refiriéndome a los ligerísimos deslices de don Ildefonso Antonio Bermejo, pero tengo para mí, como diría cualquiera de los personajes conspicuos de Galdós, que había leído el libro del Jesuita Palau, tan reeditado, durante el último tercio del siglo XVII y casi todo el XVIII, *Máximas morales y políticas*. Algunas de las frases de Bermejo proceden de este libro.

Con tan singularísimo estilo se metió don Ildefonso Antonio Bermejo a historiar nuestro siglo XIX. Tenía buenísima información, no había periódico ni folleto que no leyera, amigos de importancia que le hacían confidencias, una memoria feliz además de ser testigo presencial, espectador o al menos español coetáneo de los sucesos que cuenta. Si a esto se añade que era fundamentalmente veraz y bien intencionado queda claro que sus libros, principalmente *La Estafeta de Palacio* y *La Historia de la interioridad y Guerra Civil en España*, se constituyeron en fuentes históricas de primera mano aún utilizadas hoy con provecho.

Que Galdós leyó a Bermejo está fuera de duda. Este hecho plantea otro extremo interesante, la relación entre un novelista histórico y una de sus fuentes de información más importante que está escrita con criterio histórico y didáctico y ambición, sino consciente intención literaria.

Se entiende que Galdós no tuviera ningún problema leyendo a Pirala, otra de sus fuentes, pero hubo de tener y no pocos con la lectura de la *Estafeta*. Pirala es un historiador, Bermejo es un didáctico que cuenta la historia para fortalecer algunas conclusiones y sacar otras nuevas. Don Benito, leyendo a don Ildefonso Antonio Bermejo, sonreiría muchas veces, y la seriedad entonada y a veces pedante de éste le movería a las súbitas ironías con que interrumpe el patetismo o el efecto dramático cuando le parecen exagerados. Sin embargo, muchas otras veces coincidiría con el historiador didáctico, pues el propio Galdós propendía y con suma frecuencia practicaba el didactismo.

Las peculiares relaciones entre Galdós y Bermejo se aprecian bien en el relato que ambos hacen de la prisión y muerte de don Manuel Montes de Oca. De *Los Episodios Nacionales* que se centran alrededor de un personaje, uno de

los más sutiles psicológicamente, a la vez que de los mejor configurados, de los de más coherencia en el proceso y de mayor hondura dramática, es el que se refiere al ilustre marino. Desde luego que don Manuel Montes de Oca fuera o no fuera exactamente como Galdós le presenta es cuestión que disintiremos más adelante. Para la buena inteligencia de los *Episodios Nacionales* conviene no olvidar que Galdós no transcribe a España, al pueblo común y a las personas sobresalientes. En el mundo imaginario de Galdós los españoles que le leen se instalan y sienten a gusto en él por el poder mágico del lenguaje y lo que el lenguaje arrastra de inconsciente colectivo, no porque se vean retratados en los personajes que pueblan los *Episodios Nacionales*. No obstante, la interpretación, a través de la novela, de la historia contemporánea de España, la hizo Galdós ateniéndose con sorprendente veracidad a los acontecimientos históricos en cuanto tales.

Pues bien, la vida y sobre todo la muerte de Montes de Oca atrajeron a don Benito que ensayó la interpretación del joven y valeroso conspirador fracasado, con especial respeto y proximidad psicológica, convencido de que había encontrado en la historia real uno de los personajes más propios de su historia fingida. Algo semejante debió ocurrirle a Lope de Vega cuando oyó la extraordinaria historia del Capitán Alonso de Contreras. Lope escéptico, creyente a su modo, sensual, desordenado, manirroto, en resumen el Lope que se saca de las cartas al Duque Sessa, se había inventado una España cuya historia desplegó en el conjunto de las comedias históricas, especie de *Episodios Nacionales* de su tiempo. Este Lope descubrió en el Capitán Contreras uno de los españoles que él había imaginado. El encuentro de Lope con su personaje es equivalente, en general, al encuentro de Galdós con el suyo.

Con don Ildelfonso Antonio Bermejo, no ocurre así. Se preciaba de conocer el corazón humano, como él decía, y adoctrinaba desde lejos, haciendo de guía y maestro para los menos doctos o perspicaces. Y quede claro que cuando Bermejo sale de las sentencias de cuño clásico, acierta en la forma y en el fondo. Tiene frases que no hubiera desdeñado Tocqueville.

Tenía don Benito ante sí, si como sospecho se regía por la obra de Bermejo para la parte más dramática de su novela *Montes de Oca*, tres personajes cuya muerte tiene rasgos comunes de valentía y serenidad. La de don Diego de León, la del Teniente don Manuel Boria y la del propio don Manuel Montes de Oca. Podía haber elegido a uno de los primeros, haciendo girar levemente la trama de su novela, sin que padecieran nada el comportamiento, las cuitas y desvaríos del Teniente Coronel don Santiago Ibero. Sin embargo Galdós eligió Montes de Oca y lo hizo, a mi juicio, por razones estéticas que procedían del feliz encuentro de su mundo imaginario con un personaje real. De Diego de León dice poco en *Los Ayacuchos*. Narra su muerte pero sin la hondura patética que apenas puede

contener cuando de Montes de Oca se trata. Del Teniente Boria se olvida, siendo quizá el personaje más novelesco de los tres. El hecho de la elección plantea un problema difícil respecto del acto libre de la creación literaria. Don Benito admiraba a Montes de Oca, o al menos las posibilidades que éste ofrecía para el fortalecimiento de la España imaginada que iba construyendo a través de los *Episodios Nacionales*. Pocas veces en el transcurso de su obra ha estado don Benito tan próximo a uno de sus personajes. No se trata tan sólo de elegir un modelo que oponer al «materialismo» que según don Benito comenzaba a adueñarse de los españoles por estos años. Hay algo más. Todo el Episodio está escrito con el tono discursivo, en exceso racional, que Galdós utiliza para presentar y describir a sus personajes y estos para entenderse entre sí, salvo las páginas finales, cuando el centro y motor exclusivo de la acción es Montes de Oca. El *Episodio* transcurre como uno más, y no de los mejores, hasta que Montes de Oca y sus compañeros inician la marcha de Olite a Pamplona. Ahora, previendo el patético final del fusilamiento, la novela se transforma. Crece en ideas y en profundidad, mejora en estilo hasta alcanzar las cimas de la mejor prosa de Galdós, como en la descripción de la tormenta que sorprendió a los dos viajeros.

«A media tarde comenzó a cubrirse el cielo de nubes pardas que avanzaron del Oeste, y con ellas de la misma parte venía un mugido sordo, intercadente, como si los minutos se desgajaran de los montes lejanos y rodando cayeran sobre la llanura. No era floja la tempestad que se echaba encima. Para zafarse de ella, espolearon los viajeros al infeliz caballero que tiraba del coche, mas no obtuvieron la velocidad que deseaban. Descargó la primera nube antes de llegar a Oteiza. El iracundo viento quería revolver los cielos sobre la tierra y durante un rato el polvo y la lluvia se enzarzaron en terrible combate, como furiosos perros que ruedan mordiéndose. Los giros del polvo querían enganchar a la nube, y ésta flagelaba al suelo con un azote de agua en toda la extensión que abrazaba la vista. El polvo sucumbía hecho fango y se retemblaba el suelo al golpe del inmenísimo caer de gotas primero, de granizo después. Los campos trocáronse en un instante en lagunas; retemblaba el caserío de las aldeas como si quisiera deshacerse y los relámpagos envolvían instantáneamente en lívida claridad la catarata gigantesca. Grandiosa música de esta batalla era el continuo retemblar de los truenos, que clamaban repitiendo por todo el cielo sus propias voces o conminaciones terroríficas y cada palabra que soltaba era llevada por los vientos del llano al monte y del monte al llano. Como al propio tiempo, caía el sol en el horizonte y la luz se recogía tras él temerosa, iban quedando oscuros cielo y tierra, y la tempestad se volvía negra, más imponente, más espantable.»

Es una larga descripción en que parece que Galdós haya querido demostrar a su buen amigo Pereda que era capaz de hacer, no tan bien como él, sino mejor que él, esta clase de relatos. Por otra parte, por intuición o por lo que pudiéran-

mos llamar instinto del desenlace, Galdós prepara al lector para el nuevo tono y ritmo que va a adquirir el *Episodio*. En efecto, pocas páginas antes nos avisa de «que don Manuel Montes de Oca, el más ardiente paladín de la regencia de Cristina, el que la proclamó, condensando en una idea política el sentimiento poético y la caballeresca devoción de su alma soñadora, noble en su delirio, grande en su loco intento, al propio tiempo insensato y sublime, gigantesco y pueril, aparece en Vitoria al frente de un artificio de Gobierno, con poderes reales o figurados del soberano ausente».

La tormenta, que precede en muy poco tiempo al asesinato de Montes de Oca, parece la culminación de un proceso objetivo que acabaría en la subjetividad del martirio y muerte del sublevado. Después de la tormenta queda solo y únicamente Montes de Oca.

A don Ildefonso Antonio le sucede algo parecido, aunque ni tan claro ni profundo, a lo que le sucedió a Galdós. Desde luego que la acción tenaz y casi enloquecida de Montes de Oca, la conjura contra su vida y la muerte, bella al modo clásico, sin jactancias ni excesos sentimentales, tenía que ejercer una atracción especial sobre Bermejo, tan dado a los juicios sentenciosos contruidos sobre el supuesto de la inmutabilidad de las pasiones humanas. Pero también en este caso, hay algo más que procede de la cristiana muerte de Montes de Oca. Bermejo detectó al cristiano ejemplar, con vetas de ignaciano, y aún esforzándose en no ceder, cedió. La simple serenidad o impassividad psíquica no hubiera bastado en este caso para inclinar en favor del marino conspirador y poeta.

Veamos cómo trata los hechos nuestro didacta historiador don Ildefonso Antonio, y lo que después hizo, teniendo en cuenta este relato, don Benito Pérez Galdós. Tomemos el relato cuando Montes de Oca deja Vitoria, imposible de sostener, e inicia la marcha para intentar salir de España. «Triste caminaba y pensativo con dirección a Vergara el desventurado Montes de Oca, sin ver otro porvenir que la muerte o la proscripción. Se habían disipado sus ilusiones; veía perdida la causa que había querido levantar en hombros de la insurrección, lo cual le entristecía más que pensar en que su cabeza tenía un precio y que la perfidia y la traición debían codiciarla. A medida que andaban iba gradualmente disminuyendo el número de los fugitivos; hijos del suelo que pisaban, conocedores de sus vueltas guaridas, y con amigos y parientes que los ocultasen, tenía que ser su muerte necesariamente menos amarga que la del jefe de aquella sublevación. Quedaron reducidos a tres los hombres importantes que le acompañaban: el marqués de la Alameda, Ciorraga y Egaña. En llegando a Mondragón, determinó Montes de Oca que se despidiese a los miñones que los escoltaban, a fin de no comprometerlos; pero esta gente armada, desdeñando la proposición del caudillo, solicitaron con instancias seguirlos y hubo necesidad de ceder a la protección. Llegó esta triste comitiva a la posada de San Antonio, situada en un campo

abierto a las inmediaciones de Vergara en donde quisieron descansar, y Montes de Oca, en quien los dolores del alma pasados y presentes afanes aumentaban el cansancio del cuerpo, hubo de recogerse a la cama, cometiendo la imprudencia de desnudarse, porque imaginaba que la traición más inicua se había de encargar de velar su sueño. El hombre en la dicha no se conoce; por eso, tal vez en la desdicha ninguno le conoce; cosa difamada es la calamidad, y no hay hombre a quien muchos no se la deseen, sin ser menos los que viéndole en ella no se la crezcan, porque sean muy raros los benignos al caído. Seguían guardando a Montes de Oca algunos miñones alaveses, gente con poca subordinación militar y feroces hábitos y pasiones. Eran tan sólo ocho los hombres de esta clase que le custodiaban, y tornó a cometerse el desatino de despedir a esta reducida escolta, diciéndole que mirase cual por sí, y que era ya inútil seguir exponiéndose por sustentar una causa perdida. Retiráronse aquellos hombres a tomar un refrigerio y conferenciar entre sí, y comenzaron a hablar de su mala situación y cediendo a preocupaciones reinantes entre sus paisanos, achacaban sus desventuras a los que desde Castilla habían venido a soliviantarles hasta hacerles tomar las armas. ¡Cuánta noche habitan nuestros deseos! ¡Cuánta sangre y sudor nuestro borra las sendas por donde camina nuestra imaginación! ¡Qué pocos saben contar entre las dádivas de Dios la brevedad de la vida! Alargóse en Montes de Oca para tener tiempo de rodear de calamidades su postrera hora. Perdió en las provincias vascongadas su causa y a los moderados la esperanza, y encomendó su salud a la huida; su derrota animó a Espartero y a los homicidas. En poder de los ruines no duran más los buenos que el tiempo necesario, que puede ser su fin lisonja de otros peores.»

«Sentados en derredor de una mesa los miñones y un tanto discursivos, meditaban con el calor que el vino les daba sobre su mala suerte; aun cuando culpaban del daño a todos los castellanos, pareciales entonces que el más malo de todos ellos era Montes de Oca, como que había representado el papel principal en el malogrado alzamiento. Hame referido un testigo que separado los escuchaba, que estas gentes en su dialecto provincial proferían palabras destempladas contra la conspiración; pero entre ellos había un miñón que enjuto de cuerpo y cara amarillenta y de cara torva oía a sus camaradas sin beber ni hablar. Los hombres flacos y descoloridos se alimentaban con su propio entendimiento y por eso está su tez mal asistida de su sangre, porque tienen descoloridos el rostro y colorado el corazón. Si piensa tan profunda y continuamente que se consume a sí mismo, ¿qué hará al que aborreciése?»

«Pensar y callar son alimentos de las grandes venganzas. No halló este hombre llamado Escabriza, con el estudio de su maldad y todo el desvelo de su traición otra manera de hacer a Montes de Oca aborrecible, sino ampliar contra él la rabia de sus camaradas; así fue que aunados le maldijeron y denostaron,

con lo cual crecía el siniestro contentamiento de Escabriza, que vio el terreno dócil para que floreciese su inicuo propósito, y habló de esta substancia:

“¿Y es cordura, señores, que el hombre que tantos males acaba de acarrear a la patria y a nosotros, y que tan ingratamente nos despiere, sin recompensar nuestra lealtad y nuestros sufrimientos, le dejemos salir de estas montañas salvo de peligro? ¿Sabéis el precio que tiene su cabeza? ¿Recordáis que quien entregue a este hombre vivo o muerto recibe premio? ¿No comprendéis que la paga es lícita, y en el que la cobra no recae infamia? ¿Cómo entonces la ofrecerían los hombres que valen más que nosotros, si no viesen en este proceder cosa puesta en razón?” De este modo razonaba Escabriza en tanto que sus amigos le miraban absortos y dando a sus semblantes la caricia del asentamiento. Así pensaban los que días antes habían vitoreado como a su caudillo al hombre que hoy se atrevían a sacrificar. Es que hay quien pone la corona en la cabeza para quitar después la cabeza de la corona.»

Oigamos ahora el relato que hace Galdós:

«La salida fue tristísima, nocturna, sigilosa. Antes de que amaneciera, en la rápida marcha por el Puerto de Arlaban hacia Vergara, desertaron las compañías de Borbón y se fueron a Miranda para presentarse al General Espartero. Celebraban consejo los fugitivos para determinar el camino que debían seguir. No pocos oficiales comprometidos señalaron como la mejor dirección de escape la de la costa cantábrica, sabían de un barco preparado en Lequeitio para recoger a los que quisieran fiar su salvación al mar. Montes de Oca, aunque marino, prefirió seguir por tierra la derrota de la frontera; despidiéronse allí no pocos amigos y compañeros de locura, entre ellos el Comandante Gallo y otros que, andando el tiempo fueron generales, y se encaminaron hacia la costa. Montes de Oca, acompañado tan sólo de Piquero, de los señores alaveses Marqués de Alameda, Ciorroga y Egaña, y de ocho miñones siguió adelante. En Mondragón despidieron a los miñones, pues para nada necesitaban la fuerza militar y cuanto menor fuese el número de fugitivos, más fácilmente podían deslizarse por montes y cañadas hasta ganar el boquete de Urdax. Pero los miñones no quisieron separarse de los desdichados restos del Gobierno cristino, cuya suerte debían correr todos los que en tan necia desventura se habían metido. En Vergara se alojó la caravana en las casas exteriores de la villa, no lejos del histórico lugar donde se habían abrazado Espartero y Maroto, cada cual se arregló como pudo en humildes aposentos o mechinales y a media noche el sueño dio algún descanso al asenderado cabecilla de la insurrección y a los que aún le seguían más comprometidos ya por la amistad que por la política.»

«Medianoche sería cuando turbaba el silencio de aquella parada lúgubre el cuchicheo de los ocho miñones alojados en una cuadra, donde moraban también una mula y una pareja de vacas. Los pobres chicos desvalidos por la inquietud

se condolían de su perra suerte. ¿Quién demonios les había metido en aquel fregado ni qué iban ellos ganando con que la Cristina le birlara la regencia a Espartero? En verdad que habían sido unos grandes idiotas apartándose de la ley que ligaba sus vidas y su honor militar al Gobierno establecido. ¿Quién les metía en el ajo de quitar y poner regentes? ¿Quién los hizo instrumento de la ambición de unos cuantos caballeros de Madrid y de media docena de militares que querían empleos y cintajos? ... ¡Y que no era flojo el riesgo que corrían los pobrecitos miñones! Desde Vergara a la frontera, ¿quién les aseguraba que no toparían con un destacamento de tropas leales? En un abrir y cerrar de ojos serían despachados para el otro mundo, y aún podría suceder que los señores que les habían arrastrado al delito alcanzasen misericordia; para los hijos del pueblo no había más que rigor y cuatro tiros.»

«Aún suponiendo que pudiesen escapar ¿qué vida les esperaba en Francia? ¿Por ventura se encargaría de mantenerles la *reina esa* por quien se habían jugado la vida? ¡Ay! ¡ay! el pobre siempre pagaba el pato de estas tremolinas; para el pobre en la derrota o en el triunfo no había más que desprecio y mal pago... ¡qué mundo este! ¡valía más ser animal que español!»

«Estas ideas rumiaban, esto se decían y en verdad que no había sido vituperable su razonamiento, si de él no saliese como de la fermentación el gusano maligno de un ruín propósito. A dos de ellos se les ocurrió en el curso de la conversación, pero no se atrevieron a manifestarlo. Un tercero, que era sin duda el más arrojado, se lanzó a exponer la terrible idea y la primera impresión que en los demás produjo fue de miedo, un miedo más vivo que la propia muerte. Eran hijos de familias honradas y desde niños habían visto en sus hogares la norma de todas las virtudes, el temor de la infamia, el aborrecimiento de la traición. Callaron un rato y la perversa idea hizo nido en el cerebro de cada uno de ellos empujando diversas ideas que corroboraban la idea madre. El mismo iniciador de ésta la explanó hábilmente revistiéndola de aparato lógico, achicó los inconvenientes morales agrandando las ventajas. En primer lugar, salvaban sus vidas y esto de mirar por las vidas era cosa buena, pues para que el hombre se defendiese de la muerte le había dado Dios la inteligencia. En segundo lugar...»

Galdós continúa imaginando argumentos que pone en boca del peor de los miñones y concluye diciendo:

«El que pronunció el discursillo que extractado se copia había empezado a estudiar para cura en Vitoria sirviendo luego de amanuense a un escribano de la Puebla de Arganzón, y en sus diferentes tareas escolares se le había pegado el arte del sofista. Cedieron prontamente algunos de los compañeros; para reducir a los otros fue necesario que el orador emplease lo mejorcito de su arsenal dialéctico y, al fin, convinieron todos en consumir sin demora la execrable acción. La oscura noche les estimulaba..., el silencio les envalentonó para un hecho que

exigía, sin duda, más arrojo que el desplegado en los combates. El coloquio vasecuenca en que desarrollaron su plan y los procedimientos más seguros para ponerlo en ejecución duró apenas un cuarto de hora, y bajaban tanto la voz que apenas se oían, temerosos de que la mula o las vacas, únicos testigos de la terrible conferencia, la entendiesen y renegasen de tal villanía, como honrados animales.»

Como el lector habrá apreciado, los dos relatos son diferentes aunque no substancialmente distintos.

Son diferentes como lo es el genio de sus autores. A don Ildefonso Antonio, no se le hubiera ocurrido nunca introducir el diminutivo familiar e irónico como lo suele hacer Galdós, para romper cualquier exceso dramático. Apenas es concebible una descripción o parlamento largos de un personaje de las novelas de don Benito en el que no abunde el diminutivo familiar y trivalizador. Por su parte, Bermejo no sabría prescindir de la sentencia didáctica, formulada de modo solemne. Pero si se omite esto y se reflexiona sobre el hecho de que en cuanto se refiere a la prisión y muerte de Montes de Oca, Galdós es más historiador que novelista y Bermejo más novelista que historiador, se da en la idea de que don Benito leyó el relato de don Ildefonso Antonio, a mi juicio esto está fuera de duda, e hizo el suyo procurando distanciarse de su fuente tanto cuanto el propio relato y sus circunstancias lo permitían. Es más, la insistencia en que sólo había una mula y unas vacas parece una respuesta irónica a la ingenua pedantería de don Ildefonso Antonio de decir que un testigo presencial le contó lo que los miñones hablaron.

Hay alguna sutil semejanza en la valoración y ambientación de los hechos que lleva al convencimiento de que don Benito escribió sobre la falsilla que había trazado Bermejo, de no encontrar, claro es, una fuente común que sirviera de pauta a ambos. Tal fuente común, propiamente hablando, no la hay, pero sí otras, de las que más adelante hablaremos, que permitieron a Galdós aproximarse tanto cuanto es posible a la verdad y pulir el relato de Bermejo. El lector comprobará, si tiene ánimo para seguir leyendo, que don Benito no dejó de ver folleto o libro que de la prisión y muerte de don Manuel Montes de Oca se ocupase.

Prosigamos ahora con el relato de Bermejo hasta la muerte de Montes de Oca:

«Determinados al delito, se refiere a los miñones, se adelantan presurosos a la posada con las armas en la mano, dando voces de que se acercaba Zurbano, a fin de ahuyentar a los tímidos. Fugóse Egaña despavorido, creyendo una realidad lo que era una farsa inicua, y huyen otros con igual precipitación y desconcierto, en tanto que los confederados miñones, atropellando en su ferocidad a cuanto encontraban en su camino, pero sin hacer daño a persona alguna, se ocupaban solamente en buscar al que era objeto de su traidora codicia. Llegaron al

lecho de la víctima, que, ajeno a tanto ruido, dormía profundamente; y hasta tienen que sacudirle del brazo para que despierte; incorporándose de súbito Montes de Oca y creyendo que el enemigo se avecinaba, pide la ropa y pregunta a sus verdugos si hay gente bastante para poderse defender, hasta que notando que los verdugos enemigos son los que le cercan, prorrumpe en imprecaciones contra ellos, afeando el proceder tan villano. El diputado de Alava, don Iñigo Ortiz de Velasco, Marqués de la Alameda, sujeto muy querido y respetado de sus paisanos, que, lo mismo que Montes de Oca, no había despertado a la primera algazara de los traidores, retornó de su sueño cuando se encontraba Montes de Oca en tan singular aprieto. Afea la inicua hazaña de los miñones y los invita con ruegos encarecidos a que desistan de aquel propósito; pero ellos, mostrándole reverencia en lo demás y respetándole como a paisano, en el punto en que procuraba vencerlos le desatendieron.»

«Cautivo Montes de Oca de aquellos forajidos, hasta le intimaban con la muerte si no se vestía pronto; obedeció el prisionero sin replicar, y le sacaron de la posada; y como si le hubiesen llevado por el camino real que iba a Vitoria habrían tropezado con algunos rezagados de los fugitivos y de los que seguían fieles guardianes hasta su última hora, tomando por atajo extraviado sendas con su preso, le condujeron, no sin que experimentase violentos tratamientos. Notaron los conductores que mientras el prisionero caminaba, iba con cierto disimulo sacando algunos papeles manuscritos y despedazándolos en muy menudas partes, lo cual movióles a detener a la víctima, esconderla entre unas ramas y registrarla prolijamente, pero como buscando papeles topasen con algún dinero, con el reloj y una sortija se apoderaron de estas prendas y de un solo papel que quiso romper en el acto el registrado, pero que no se lo consintieron sus mismos aprehensores. El escrito que le hallaron y que quisieron guardar era una carta sin sobre ni fecha, que decía lo siguiente:»

(Aquí transcribe Bermejo una carta dirigida, al parecer, a O'Donnell, en la que se queja del abandono de dinero y material en que le tienen.)

«Fatigado, caminando entre feroces bandoleros, cruzando sendas desconocidas y sufriendo los tormentos de la sed, sin ver delante de sus ojos otra perspectiva que el patibulo, oyendo los acentos de una lengua vasca que no entendía, y sin otra compañía que la de sus verdugos, era la muerte de Montes de Oca la más cruel que experimentó víctima alguna de aquellas discordias políticas. Diez y siete leguas anduvieron durante aquel día y a las nueve de la noche llegaron a las puertas de Vitoria, donde los miñones dieron aviso al general Aleson de lo que conducían. Dos jefes vinieron a recibir a Montes de Oca, que le condujeron a las Casas Capitulares, a donde acudió solícito a visitarle el Capitán General, acompañado del Jefe Político. Este funcionario cuentan que tuvo el extraño valor de observar con insultantes frases delante del prisionero, que aquel sitio no ofrecía

bastante seguridad y que podía estar más seguro en la cárcel pública, en donde él había estado arrestado en los primeros momentos de la insurrección alavesa. Miróle fijamente Montes de Oca, y se contentó con responderle: “Condúzcanme ustedes donde quieran seguro de que en ninguna parte donde me tengan he de procurar escaparme; y si el señor Jefe Político pretende llevarme a la cárcel pública por vengar el tratamiento poco decoroso que mis gentes le dieron, considéreme que con creces satisfago la culpa que no estuvo en mi ánimo evitar.” Intervino el general Aleson en la plática y desechó con menosprecio la petición de la autoridad civil.»

«Dio Aleson parte a Rodil de la prisión de Montes de Oca y éste mandó inmediatamente que fuese fusilado y se pagase el precio de la sangre a los que por oro la habían vendido. Convocados los miñones por Aleson a fin de satisfacer la deuda que con ellos había contraído el Estado, quiso probar el natural de aquellos infames, y preguntándoles si persistían en cobrar el premio de su miserable industria, respondieron los miñones afirmativamente por lo que al darles Aleson los diez mil duros contratados, con frases destempladas, pero dignas, los despidió como réprobos, llamándoles además *canalla indigna del país donde habían nacido*. Estéril desahogo, porque los vendedores recogieron su ganancia sin replicar al General, y se la repartieron después. Es cosa para hacer notar, decir que ninguno de estos hombres sobrevivió largo tiempo al hecho; que todos han muerto en situación miserable, y dos de ellos sufrieron dolores acerbos por enfermedades agudas y dilatadas, y Escabriza fue el primero que sucumbió arrojando sangre por la boca a consecuencia de la caída que dio desde un caballo, siendo durante su corta vida tachado de manirroto y conocido con el apodo del *Judas de Montes de Oca*.»

Hasta aquí la narración de don Ildefonso Antonio, oigamos a Galdós explicar los mismos acontecimientos:

«El medio y forma de hacer efectivo su pensamiento fue para los miñones sencillísimo. Lo propuso uno de ellos que en su niñez desplegaba felices disposiciones para robar fruta en las huertas y alguna que otra gallina en los corrales. Salieron los ocho a un cercado frontero a las dos casas en que se alojaban los paladines de la reina, y con fuertes voces empezaron a gritar “Zurbano, Zurbano”. El efecto de este toque de diana fue inmediato y decisivo, y a medio vestir, lanzáronse fuera por los primeros huecos que abiertos encontraron; Egaña saltó por una ventana y a Piquero se le vio surgir por un boquete angosto que daba al campo en la parte posterior del edificio. Poner el pie en tierra y apretar a correr en busca de la espesura del monte más cercano, fue todo uno. Los otros dos tomando la salida por la puerta con más tranquilidad, no tardaron en desaparecer. Como en los incendios y naufragios cada cual se afanaba por salvar su propia pelleja, sin cuidarse de la del vecino. Dos miñones pusieron en guardia en

la escalerilla estrecha que a la estancia ocupada por el jefe conducía, con objeto de apresarle cuando saliese, y, viendo que tarda, presumieron que se había escondido en los desvanes. Los inquilinos de la casa, un hombre y dos mujeres que, a poco de sonar las primeras voces de alarma abandonaron también sus madrigueras y vieron la veloz huida de los cuatro señores, aseguraban que el quinto de ellos no había salido. Viéronse precisados, los traidores, a subir en su busca, creyendo que o se había muerto del susto o que por escrúpulo de conciencia quería expiar sus culpas bajo el poder del temido Zurbano.»

«A las primeras luces del alba subieron los miñones, el de los discursos y otro que blasonaba de arrojado, al aposento mísero donde reposaba en un pobre camastro el jefe de la insurrección, y le hallaron profundamente dormido. Su tranquilo sueño era la expresión de su ciega confianza en los ocho corazones alaveses a quienes había entregado su vida. Por un instante creyéronle muerto tales eran el reposo y la palidez de sus nobles facciones. Uno de ellos le llamó “Don Manuel, señor Manuel...” No despertaba. Imposible parecía que con la batahola y vocerío que armaron los guardianes durmiese con sueño de ángel aquel hombre que reunía en su espíritu la fiebre poética y el bélico ardor. Fue preciso sacudirle de un brazo para que despertase. Abrió al fin los ojos, y miró largo rato a los dos chicarrones, sin darse cuenta de lo que ocurría.

«Es hora de salir, dijo... vamos al monte. ¿Se ha levantado Piquero?»

«El más desenvuelto de los dos traidores quiso expresar el verdadero sentido de la situación, y no halló la frase apropiada.»

«Es usted preso —dijo el otro, cortando por lo sano—, los demás señores han huído; usted no puede, don Manuel, y ahora se viene con nosotros a Vitoria.»

«Empezaba el infeliz hombre a comprender la situación, pero aún no la veía en toda su trágica realidad, ni le entraba fácilmente en la cabeza la idea de que los honrados hijos de Alava le apresaban para venderle por los diez mil duros que ofrecía Rodil. Se incorporó vivamente, miró en torno suyo. No tenía armas, nunca creyó que podía necesitarlas.»

«¡Y vosotros —dijo— me prendéis y me lleváis a Vitoria...! Pero no lo haréis movidos del premio que dan por mí. No valgo yo tanto, amigos.»

«Señor don Manuel —dijo el valiente ya repuesto de su turbación—, no nos enredemos en palabras que no vienen al caso. Vístase pronto que tenemos prisa.»

«Está bien —replicó Montes de Oca, pasando brevemente de la ira a la resignación, por la virtud de su grande alma—. Me vestiré al instante. Habría sido mejor que no viniéramos acá. Mi deseo ya lo sabéis, era no salir de Vitoria y esperar allá a los vencedores. Entregándome yo, los diez mil duros habrían sido para mí, aunque ¡sabe Dios la cuenta que me harían...! Bueno, hijos, pues tenéis prisa, ahora mismo nos vamos. Dejad que me lave un poco: Es costumbre mía

que vosotros sin duda no tenéis. Amanece ya; saldremos con la fresca y marcharemos tan rápidamente como queráis.»

»Partieron a escape: a los miñones se les hacían siglos las horas que faltaban para cobrar el importe de la res que vendían. Para recorrer la tiradita de Vergara a Vitoria en el menor tiempo posible, echaron por los atajos y desfiladeros más apartados de toda población, temerosos, sin duda, de que algún destacamento de tropas les quitase la gloria de su hazaña y el precio de su botín. Dieron a don Manuel un caballo, tanta era la prisa que no cuidaron de llevar víveres, ni fácilmente podrían adquirirlos en las soledades por donde caminaban. Tiraron hacia Legazpi y de allí a los altos de Aránzazu, royendo mendrugos de pan el que los tenía. En uno de los breves descansos que hicieron, más por dar alivio a la caballería que al desdichado jinete, manifestaron a éste que hallándose preso y a disposición de las autoridades, maldita falta hacía el dinero que aún conservaba en sus bolsillos para los gastos de la insurrección primero, de la fuga después. Dio Montes de Oca una prueba de buen gusto y de austera dignidad evitando toda discusión sobre el infame despojo, y entrególes sin el honor de una protesta ni de un comentario, la culebrina en que llevaba unas cuantas onzas, que no llegaban a diez, y alguna plata menuda, y hecho esto arrearon de nuevo.»

«Hablaban los miñones entre sí el idioma vascuence, del cual el infeliz preso no entendía palabra, resultándole de esto un tormento mayor; el sentirse más aislado, más lejos de su patria. Entre ésta y el poeta se interponía un suelo desconocido, una gavilla de bandoleros y una jerga que nada decía a su entendimiento ni a su corazón. En el fatigoso paso por veredas y trochas, mortificado del hambre y la sed, sin otro sentimiento inmediato que el desprecio que le inspiraban sus guardianes, sufrió el desdichado caballero indecibles angustias. No había para él más consuelo que aislarse con esfuerzo de su viva imaginación, procurando no ver fuera de sí más que la naturaleza, y dentro, las hermosuras de su grande espíritu, así en el orden moral como en el estético. Las bellezas del paisaje y del cielo, las ideas propias que iba sacando del magín con cariño de avaro, para en ellas recrearse y volver a esconderlas cuidadosamente permitiéndole, sino el completo olvido de su desgracia, alguna distracción o alivio pasajero. Más las exigencias físicas del hambre y la sed le volvían a la realidad de su martirio; otra vez era el hombre rendido, la bestia llevada al matadero por cuatro carniceros infames, y la ininteligible cancamurria vasca, otra vez, le cortaba el cerebro como una sierra.»

«La molestísima andadura del jaco, apaleado sin cesar por los miñones, magullaba los huesos del pobre jinete. Había preferido caer al suelo y que en él le fusilaran sin compasión; pero su vida valía diez mil duros y no podía esperar de los mercaderes una muerte gratuita. Estas ideas lleváronle a mayor resignación y a conformidad más profundamente cristiana con su fiero destino. El sentido

caballeresco y la ilusión del sacrificio pudieron tanto en su alma, que no le fue difícil llegar a la tranquilidad estoica que permite soportar un intenso padecer y aún alegrarse de los martirios. Instantes hubo en que se creyó dichoso de ser tan infeliz y el goce amargo de los sufrimientos refrescaba su alma y la erguía y la vigorizaba para mayores resistencias. Hermoso era el dolor, bellas sus angustias que preceden a la muerte. Contra nadie tenía queja. Y no creía ciertamente que la persona por quien en tal suplicio se veía un hombre de bien fuera indigna de semejante holocausto. Todos los males presentes y otros peores que vinieran, los sufría gustoso por la reina, por una divinidad que no habría sido bastante divina si no creara mártires, si ante su triunfal carro no cayeran aplastadas cien víctimas. Bien sabía la reina lo que sus fieles padecían por ella y bien empleado estaba que los caballeros penaran y murieran para que sobre tantos dolores y sacrificios se alzara la gloriosa redención monárquica...»

Después de contar Galdós la llegada a Vitoria en términos parecidos a don Ildefonso Antonio, se separa de él para referir que en el registro que le hicieron las autoridades militares le encontraron dos papeles, uno, la carta dirigida a O'Donnell que Bermejo dijera que no había podido romper durante el camino y el otro, un oficio que el citado historiador no menciona. Es raro que Bermejo, tan metódico, dejara escapar este dato. Cabe sospechar la presencia de otra u otras fuentes, que ciertamente hubo y en su momento describiremos.

Por lo demás, diferencias importantes no existen. Galdós amplifica el relato buscando estados de ánimo y reacciones psicológicas que a Bermejo no le interesaban. Don Benito sostiene su tesis inicial sobre Montes de Oca, de caballero iluminado por la lealtad política y personal a Cristina, encarnación del trono y de sus valores y virtudes. Esta idea, que le permite analizar a Montes de Oca como uno de los últimos caballeros románticos, le sirve también para justificar la extraña docilidad de Montes de Oca que se dejó conducir apaciblemente a la muerte próxima e inevitable. Galdós sugiere, como el lector habrá comprobado, que encontró la tranquilidad de ánimo y de mente en la idea de sacrificio y de víctima engrandecida por la fuerza y belleza de sus propios ideales.

A partir de aquí entramos en el trance más patético y grave y digno de toda la obra. La muerte de Montes de Oca. Como he dicho al principio, el peso o gravedad de la situación y su poder de atracción, alejó a Galdós de su tendencia a trivializar contando los sucesos de modo que no prendan en demasía en el ánimo del lector. Don Benito quería que el español conociese y a la vez se alejase de su historia inmediata y procura distanciarle de ella, sobre todo, de las muertes y atrocidades de la guerra civil. Pero ante la muerte de Montes de Oca se rinde y las últimas páginas de la novela justifican y encarecen lo que de otra manera no pasaría de una relación de aventuras casi infantil. Hasta el coronel don Santiago Ibero, imagen del pueblo en cuanto comunidad, en quien habían de fundirse la

totalidad de virtudes y sufrimientos de la raza, empalidece. Don Manuel Montes de Oca queda solo, tan solo que hasta de su reina parece olvidarse para quedar, con la asistencia de Dios, ante el pelotón de ejecución buscando hasta última hora la participación consciente en el sacrificio.

Cuenta así la muerte don Ildefonso Antonio:

«Tomada la declaración, quedó solo el prisionero entregado a sus lúgubres pensamientos y deplorando lo amargo de su fortuna; vio desde su estancia que algunos hombres hablaban al Jefe Político y al Capitán General, que estaban en la pieza contigua, y pedían permiso para repicar las campanas y disponer coherentes muestras de alborozo por aquel apresamiento, a cuya solicitud se opusieron con indignación ambas autoridades. Esto duplicó la amargura del preso, notando lo que se pedía en un país que él había contemplado como dechado de hospitalidad. *Plutarco* en *La vida de Foción*, gran filósofo y general invencible, dice, que estando Atenas en la postrera ruina, por las armas de Filipo, Rey de Macedonia, llegó nueva de que Filipo era muerto; y como los viles y abatidos consultasen que por la muerte de tan grande enemigo se hiciesen a los dioses sacrificios públicos, alegrías y juegos, Foción ásperamente lo estorbó, diciendo que era señal de ánimo cobarde y confesión vergonzosa del temor rústico de la república hacer fiestas por la muerte de un enemigo. Según esto, siendo dicha que muera el enemigo, como expresa la alegría, es honesta la disimulación de ella.»

«Pero conviene apuntar, que a pesar de esta prohibición mientras el encarcelado gemía su desventura en un angosto calabozo, por fuera abundaban sus acusadores, porque del que padece nadie da causa tan fea que no sea creída.»

«Legaliza la malicia cuanto inventa la venganza y cuanto miente el aborrecimiento; la mala intención más quiere suplir los testigos que examinarlos, siendo cosa probada que el mal ajeno siempre es auténtico. Ninguna solemnidad faltará a un falso testimonio en los oídos sedientos de calamidades. El perseguido aún en sí mismo es otro; y el día y la hora infeliz es borrón de amistades.»

«Habiendo Montes de Oca echado afuera tan tristes reflexiones, se levantó de la silla y comenzó a dar paseos; conociase que sus bríos eran mayores que su desgracia; pero cansado de la fatiga del viaje, se recostó sobre el lecho y durmió un grande rato sosegadamente. Era su último sueño, porque a las siete de la mañana vino a despertarle el jefe comisionado para anunciarle que había llegado el triste momento de meterle en capilla para fusilarle a la una. Divulgóse la nueva, con saña acudió el pueblo a considerar las calamidades por donde Montes de Oca se había precipitado. Común aclamación es el oprobio a todos los caídos, pues donde suele desalentarse la venganza y enternecerse el castigo se encarniza la envidia. Lugar tuvo la envidia en algunos a la misericordia para responder por el sentenciado, exagerando sus cualidades, diciendo que fue buen vasallo y

ministro desinteresado, y aun cuando oyeron el General Aleson y el Jefe Político escrupulosamente esta defensa, asidos al precepto de Rodil, no se pudieron acordar de los del evangelio, que pide clemencia a todas horas. Aun cuando todo esto sabía Montes de Oca, no se resfriaba el valor. Pidió sacerdote y se lo trajeron; volvieron a visitarle las dos autoridades mencionadas antes para darle consuelo, y el preso se mostró por este bien reconocido. Tuvo con estas dignidades conversación detenida, y entre otras muchas palabras que dijo se cree que habló en éstos o parecidos términos: “Quisiera yo decir a ustedes muchos desengaños, pero supuesto que no calla nada el estado de mi vida, perdonen las palabras a la tristeza con que sus postreros alientos se despiden. Bien entenderían ustedes las señas que os hacen desde lejos mi pasada prosperidad y desde cerca mi desconsuelo; será excusado, descifrar a ustedes los misterios de unas aclamaciones, pues ellos han alcanzado el ruido. Empecé en Madrid deseando y proseguí pretendiendo, aunque simuladamente y llegué a ser ministro: alcancé con peligro, tropecé y caí con aplauso. Estas ruinas que en las Cortes parece que predicán, engañan. Derribé a otros para desembarazarme el despeñadero, que así me lo ha dado a entender la fortuna. No aparten ustedes de la memoria este postrero día de mi vida. No se quejen de los amigos que se desentienden, que a los desdichados, cuando obligan a disculparse a los ingratos, crece la calumnia, y el más reconocido juzga que se aventura si calla. Experiencia tengo de que di a muchos posición ilustre, y que ninguno fue reconocido. Sólo siento que no me supe cansar de ser dichoso, ni acabo de ser desdichado.” En esta forma se explicaba Montes de Oca algunas horas antes de morir, pareciendo más filósofo que soldado, es verdad que fue aficionado a las letras, a los estudios profundos y que manejó esta clase de libros con aprovechamiento singular. Sin miramiento alguno a sus desgracias, ánimos poco inclinados al perdón en cosas políticas, hablas vulgares de adversarios, que se derraman copiosamente y se creen con facilidad, autorizando con flaquezas averiguadas el rumor, han acusado a Montes de Oca de pecados que supo inventar el odio de la opinión contraria; y en escoger entre tantos la parte más débil, mostró el aborrecimiento que sabía escoger, y que pretendió más asegurar sus intentos que justificarlos. No es cosa digna de aplauso procurar difamar a su enemigo con delitos positivos, con que se da licencia a sospecha, y a que a tiento el pueblo tropiece en discursos que amanecen verdad anocheada.»

«Pero volvamos los ojos al prisionero que tanto reposo y firmeza de espíritu conserva con los desengaños. Se despidieron de él Aleson y el Jefe Político y quedóse a solas con el confesor... cuando terminó Montes de Oca su confesión y oyó los razonamientos del buen sacerdote que le asistía, se preparó para la comunión y la recibió piadosamente. Previno todas las cosas que podían dilatar un instante la ejecución de la sentencia; aderezó su empolvada ropa; pidió cami-

sa limpia y se peinó el cabello, niñerías con que demostraba el despejo de su ánimo.»

«Terminado que hubo todo este aparejamiento, tornó a visitarle el Capitán General al cual pidió le obsequiase con la licencia de dar antes de morir un viva a Isabel II, otro a la Reina Cristina y a las fuerzas de las provincias vascongadas, y que por último ansiaba de todo gusto mandar el fuego de la escolta. Sólo le concedió Aleson lo postrero de su solicitud, pero a ello se opuso el confesor manifestándole que estas voces de mando en tales momentos eran ímpetus de soberbia, de vanidosa valentía; voces que rechazaba la mansedumbre natural del arrepentimiento y que indicaban un suicidio. Arguyó Montes de Oca, queriendo hacer comprender al confesor que no podía haber suicidio donde precedía una sentencia de muerte irremediable; pero después de una breve plática hubo de acomodarse el penitente a las ideas del sacerdote, que no era el caso para desobedecer al que imponía el mandato y le enseñaba el camino por donde se llega al cielo. Hizo después su testamento, tomó algún alimento, y volvió a ocuparse de la salvación de su alma.»

«Oyóse el redoble de un tambor, cuyo ruido anunció a Montes de Oca que su hora postrera estaba cercana. Desde el carruaje en que subió, saludó cortésmente a los pocos curiosos que aguardaban en la puerta y encaminose al sitio de la ejecución. Cuando vio en su tránsito tan escaso número de gente y el silencio de la población, tan al revés de lo que había sucedido en Madrid con el fusilamiento de León dijo: “¡qué tristeza presenta el camino de la muerte!” No le pasó a Montes de Oca lo que a don Rodrigo Calderón, el cual cuando salió para ponerse en la mula, donde confesó que se sentía muy flaco de cuerpo y alma, oyendo el bullicio de la muchedumbre, exclamó: “¿Esta es la afrenta? Esto es triunfo y gloria.” Dando a entender que por tal le tuvo.»

«Llevaba Montes de Oca descubierta la cabeza y levantado el brazo para evitar con la mano la última ofensa que hacían a sus ojos los ardientes rayos del sol de octubre. Descendió del carruaje y dio la mano a su confesor para ayudarle a bajar, pareciendo con este ademán que solicitaba ser cortés en presencia de la muerte. Miró al regimiento que formaba el cuadro, conoció por el uniforme y por los jefes que le mandaban que era el que llevaba la denominación de María Cristina y suspirando dijo: “por defender el título que lleva ese regimiento he venido a este trance”. Al ponerse enfrente de la escolta que debía ejecutarlo, dijo: “Soldados, no mando el fuego no por falta de ánimo, sino porque la religión me lo prohíbe.” Y encarándose con el oficial de la escolta, añadió: “Caballero oficial, cumpla usted su consigna.” Poco atinados los soldados de la escolta dispararon de manera que tres de las balas entraron en el vientre de la víctima, por lo que hubo de permanecer firme y con voz entera para exclamar: “¡qué desgracia! ... Es necesario repetir”. Y con las manos metidas en el gabán esperó la

segunda descarga, con la cual vaciló un instante y cayó enseguida ensangrentado. Acudió a reconocerle el oficial y el moribundo lanzó una mirada triste sobre este jefe, y señalándole con la punta del dedo sus palpitantes sienas, exclamó con voz débil: "Aquí". Disparóle un soldado el fusil en el oído y dejó de existir. Contaba Montes de Oca treinta y seis años.»

Hasta aquí don Ildefonso Antonio Bermejo, quien seducido por la sobria dignidad de la muerte de Montes de Oca soltó la vena didáctica, contrahaciendo con mediana fortuna el estilo de los moralistas del siglo XVII. Sin embargo, el poder que tiene el valor sereno ante la muerte, para sobreponerse como argumento de un relato a cualquier digresión, es tan fuerte que el lector le sigue hasta el final. No hay que olvidar, por otra parte, que Bermejo escribió sus cartas para aconsejar y educar. Se erigió a sí mismo en consejero de príncipes, reverdecien- do un género que hacía casi dos siglos que no se practicaba. Está, pues, cumpliendo con su propósito cuando acumula preceptos y máximas morales. El riesgo que corrió es el común a todos los historiadores didácticos; que la historia, deje de ser lo principal y se transforma en secundario, sobre todo en situaciones que por sí mismas se prestan a la reflexión admonitoria. No obstante, el relato de don Ildefonso Antonio se ajusta a los hechos y no era mal modelo para Galdós, que también quería enseñar, aunque sin demasiada gravedad, ni el desnivel psicológico de la admonición que coloca automáticamente al aconsejado en situación de inferioridad respecto del aconsejador.

Frente a la admonición, Galdós proponía, me estoy refiriendo a los *Episodios Nacionales*, el consejo que nace del cuento o de la anécdota o de la referencia a hechos notables que por sí mismos aleccionan, sin necesidad de subrayar su importancia, formulando explícitamente la consecuencia mala o buena de los hechos.

Explica don Benito la muerte de Montes de Oca, separándose en algunos pormenores muy importantes, para perfilar mejor la valentía excepcional de la víctima, del relato que hace Bermejo. Son cuestiones de muy poco momento y que en nada alteran ni el ritmo ni el peculiar patetismo de la situación, en la que se mezclan, desde su entrega a las autoridades militares, la suma cortesía con la máxima determinación, sin salirse de la mayor parquedad en el gesto y las acciones incluso en las culminaciones psicológicas o ficticias. Parece que la realidad fue así y ninguno de los dos escritores se atreve a salirse de los límites estéticos que la propia realidad proporcionaba a la imaginación. Pero dentro de esta pauta don Benito no desdeña algunos materiales óptimos para la creación literaria.

Quizá esté aquí la explicación de por qué don Benito extiende, matiza y remodela a su gusto lo que cabía en una frase, aunque sin alejarse nunca de relatos fidedignos, con los que mejora el de Bermejo y en los que se apoya para las extensiones y comentarios. Bermejo nos ha dicho, sirva de ejemplo, que Montes

de Oca se aseó e incluso peinó con otras niñerías que realizaban su valor. Galdós pone un largo párrafo en boca de aquél quien nos explica su extremado amor a la limpieza. Otro ejemplo de desacuerdo se puede poner: Bermejo sólo saca a relucir un sacerdote que discute con Montes de Oca si es suicidio o no que éste dé, como *Diego de León* había hecho, la voz de fuego al pelotón que había de ejecutarlo. Don Benito mete dos clérigos más, pero sin alterar caprichosamente los hechos, sino acogándose a las fuentes menores en este punto más ciertas, que dicen que fueron tres los clérigos que discuten con Montes de Oca y con don Santiago Ibero sobre esta cuestión. En la novela de Galdós, el coronel Ibero da, también más de acuerdo con la verdad, con la solución intermedia, en tanto que en el relato histórico didáctico de Bermejo, Montes de Oca se resigna como buen cristiano.

A mi juicio, las extensiones o disminuciones que Galdós pone en el relato, se deben fundamentalmente a las exigencias de la condición de novela que éste tiene, pero no perjudican a la idea, que me parece incuestionable, que tenía a la vista cuando escribió la suya, la relación de don Ildefonso Antonio Bermejo, ni desmienten nunca los hechos históricos, al contrario, elige siempre la mejor fuente. Al fin y al cabo didáctico era el propósito de Galdós en los *Episodios Nacionales* y en cierto modo en toda su obra.

Oigámosle refiriendo el fusilamiento y las horas de capilla que le precedieron.

«La hora se acercaba. Trajeron un breve almuerzo que don Manuel había pedido y de él comió muy poco sin apetito, bebiendo algo de vino y bastante café. Sentado frente a él, Ibero le contemplaba silencioso, sin atreverse a pronunciar palabra; tal era el respeto que aquel inmenso infortunio soportado con tanta grandeza de alma, le infundía. En el rostro del reo se hacía visible desde el amanecer una lenta transfiguración. Parecía de finísima cera, la frente más blanca que todo lo demás de una blancura ideal. A ratos, mientras comía, fijaba don Manuel sus ojos azules en los negros de Ibero. Era el ciclo mirando a la tierra.»

«... Salió sin sombrero. En el patio que daba a la calle de San Francisco esperaba una carretela. A ella subió el reo, con el capellán a un lado y el coronel enfrente. Muy bien cumplida por el cochero la orden de acelerar el paso, pronto llegaron a la Florida. Poca gente había en las calles a la entrada del paseo. El honrado pueblo de Vitoria hizo al mártir los honores de un respetuoso duelo, alejándose del teatro de su martirio. Las personas que acudieron a verle pasar, le compadecieron silenciosas. Algunas le miraban llorando. Durante el trayecto fúnebre Montes de Oca habló con el capellán menos que con el coronel, el sol hería de frente su rostro, y con su mano bien firme, no afectada ni de ligero temblar, defendía sus ojos de la viva luz.»

«La parte de la ciudad que recorrió dejaba en su alma impresión de soledad,

de silencio, de olvido. Creyó que muriendo él, moría también Vitoria, la que había sido capital del efímero reino de Cristina. En Cristina pensaba el mártir cuando bajó del coche en el lugar donde formaba el cuadro, y al ver a los soldados del regimiento, regimiento de la augusta princesa, de la diosa, del ídolo, de la Dulcinea más soñada que real, sintió por primera vez el frío de la muerte, y una congoja que hubo de sofocar con titánico esfuerzo para que no se le conociera en el rostro.»

«Pusiéronle en el sitio donde debía morir: le abrazaron meramente con efusión el capellán y el coronel. Las cláusulas del credo gemían en los labios temblorosos. Santiago no pudo cumplir su promesa de mandar el fuego: su valor rehecho con la ayuda de Dios, a tanto no llegaba. Dos palabras dijo el oficial, mientras el bravo Montes de Oca, con acento firme y sonora voz, dirigía la breve alocución a los granaderos y daba las vivas a Isabel y a Cristina. El credo seguía lento, premioso...; la bendita oración era como un ser vivo que no quería dejarse rezar. Sonó la descarga y herido en el vientre, el reo permaneció en pie, las manos en los bolsillos del gabán, presentando el pecho a los fusiles. Dio un paso hacia la izquierda, la segunda descarga le hirió en el pecho; se tambaleó cayendo por fin. Pero continuaba vivo: los azules ojos del mártir le miraron y sus dos manos señalaron las sienas. Ojos y manos le decían: “Tirarme aquí y acabemos”. Un soldado le remató.»

Es incuestionable que en estas últimas páginas Galdós estaba completamente vencido por su personaje. Pocas veces le ocurría esto, pues como todo gran creador estaba siempre, o casi siempre, por encima de sus criaturas.

Como el lector, paciente, habrá comprobado la descripción de don Benito, y de don Ildfonso Antonio Bermejo son prácticamente iguales. Incluso la presencia de Ibero no altera la similitud, pues algún oficial había de acompañarle y Galdós ha tenido el acierto de suprimir en el último momento cualquier diálogo entre el personaje inventado y el imaginado, para que la imagen de Montes de Oca no perdiera la dignidad en este caso insuperable, de su propia agonía y muerte.

Sin embargo, comparando los dos relatos en cuanto versiones distintas de unos mismos hechos, la destreza e instinto literario de Galdós asombran, particularmente en cuanto a la capilla y muerte del reo se refiere. Levisimos toques dan a la descripción de don Benito la condición de inverosimilitud elaborada, imprescindible para que la realidad sea novela, por muy inverosímil que la realidad sea. No se trata del patetismo, buscado, en las frases que se refieren al credo, sino de algo «incoercible» que se escapa al análisis del estilo.

La segunda fuente principal de Galdós fue Pirala. Escribió este conocidísimo historiador dos libros de la mayor importancia para la historia de España en

el siglo XIX. Uno titulado *Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión actual de la guerra civil*.

En esta obra no aparece Montes de Oca para nada, pero fue quizá indispensable para don Benito, que supo aprovechar a la perfección el cúmulo de datos que Pirala amontona con método irregular y confuso.

El segundo libro a que me refería lleva por título, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*. De este libro se hizo una segunda edición que vio la luz en 1870, «refundida y aumentada con la *Historia de la Regencia de Espartero*». También fue obra de consulta de Galdós, como lo fue más tarde de Valle-Inclán y Pío Baroja. Don Benito leyó y reflexionó sobre los datos que acerca de don Manuel Montes de Oca, da Pirala en el tomo VI.

La lectura del texto de Pirala no resuelve, el problema de una fuente común, que después volveremos a plantear, pero dice algo de interés respecto de la documentación de Galdós sobre la conspiración y muerte de don Manuel Montes de Oca; dice simplemente que don Benito había leído el relato de Pirala.

Una vez más comparando lo que dice Galdós con lo que dice Pirala, resalta el método galdosiano de la simplificación. No quería escribir historia, sino hacer novelas, por cuya razón concibe al personaje «novelescamente» y rechaza todo cuanto se oponga a que prevalezca el carácter de sus criaturas, salvo que la exclusión dé en el disparate. Concibió a Montes de Oca como un poeta, llena la cabeza de romances caballerescos, que había hecho de doña María Cristina la Dulcinea de nobles y altísimos pensamientos. De otro modo apenas se concibe que olvidase cuanto Montes de Oca tenía de hombre de Estado, tanto en los aciertos como en los desaciertos.

El propio Pirala, tan leído por don Benito, refiere que nombrado Ministro de Marina don Manuel —el 20 de noviembre de 1839— una de las primeras cosas que hizo fue dirigir una carta a Espartero, general entonces del ejército de operaciones y Jefe indiscutible del partido progresista. De esta carta, que es notable, hizo caso omiso Galdós.

«La carta de Montes de Oca, dice Pirala, es todo un programa de la política del gobierno y escribe al Duque, porque su primer pensamiento después de haber jurado, era dirigirse a él para manifestarle con franqueza el estado de cosas públicas, por ser un homenaje debido a la antigua amistad que mediaba entre ambos nunca desmentida, “ni en las épocas en que no eran tan numerosos como son ahora los que queman incienso ante el capitán saludando por la victoria”, porque veía amenazada la obra que el Duque había levantado a costa de tantas fatigas, y se intentaba hostilizar al trono, del que era escudo y defensa. Hace la apología del Duque, le dice que corren riesgo la reina y su madre, y añade: “Si la cuestión que hoy se ventila consistiera sólo en averiguar si habían de mandar los que quieren pocas cosas y lentas, o los que quieren muchas y precipitadas

reformas, la cosa no merecería la pena de escribir a usted ... la cuestión, hoy, consiste en averiguar los que acatan a la reina y a las leyes constitucionales, o los que no han disimulado nunca su odio a la legalidad y ni a los reyes. Es necesario que no nos hagamos ilusiones: el partido que representaba al Congreso de los diputados, recientemente disuelto está dividido en dos fracciones: la más pequeña compuesta de hombres de buena fe, que creen posible asegurar el trono dando un ensanche ilimitado a la libertad, como si la libertad ilimitada no degenerase en licencia.»»

«Estos hombres perderían el trono por ignorancia, y la época de su mando sería transitoria. La segunda fracción es más numerosa y se compone de gentes que aspiran sin rebozo a trastornar el Estado.» Que era esta decía, la verdadera situación del país, que estaba en la mano del Duque asegurar para siempre la libertad, el orden y el trono, que por eso había aceptado el ministerio y que su sistema consistía, «en lanzar al partido revolucionario de las avenidas del poder a toda costa, procurando que quede vencido en las próximas elecciones, organizar los ayuntamientos, las diputaciones provinciales y la milicia nacional de manera que estas corporaciones obedezcan, y no se sobrepongan a las leyes. Organizar la prensa periódica, de modo que sea un instrumento de civilización y no una cátedra de insurrección contra las autoridades y aun contra los reyes; y finalmente, castigar con dureza a todos los que quieran decidir las contiendas políticas, no con razones, y por medio de una oposición legal, sino valiéndose de la guerra y del terror. El orden es a mi ver para la sociedad lo que la disciplina para los ejércitos.»

Según Pirala, Espartero le respondió con una carta en que reiteraba la buena amistad que profesaba a Montes de Oca ofreciéndose a él particularmente, pero cuidando mantener, las diferencias políticas.

Del Montes de Oca, organizador político de clara inteligencia, ejecutivo que tiene conciencia de las dificultades en la práctica, Galdós no quiere saber nada. Se atiene al principio estético de que el personaje debe crear la persona. El personaje inventado por Galdós se aleja más de los hechos que describe Pirala que de los que cuenta Bermejo. Sin embargo, en ciertos pormenores queda patente que don Benito tenía ante sus ojos el relato del primero. De los papeles que encontraron encima de Montes de Oca cuando le registraron en Vitoria —dos documentos que no destruyó—, de uno, la carta a O'Donnell, da traslado don Antonio Bermejo, pero no del otro, un oficio firmado por Montes de Oca y dirigido al mismo general que decía:

«Gobierno provisional de las Provincias Vascongadas y Navarra.—Excmo. Sr.— Este infame pueblo nos ha vendido y su ayuntamiento ha oficiado a Zurbarano diciéndole no haría resistencia y me entregarán. Se hace, pues, indispensable abandonarlo y lo verificaremos esta misma noche. Nos dirigimos a Vergara don-

de debe V.E. hacerlo y también, pues mañana estará esto ocupado por seis batallones y 300 caballos que tiene Aleson, Dios, etc. Vitoria, 18 de octubre de 1841. Manuel Montes de Oca.»

Galdós copia este oficio que prefirió citar, por razones literarias, mutilándolo al llegar a la frase «esta noche». Lo demás le debió parecer contrario al ánimo numantino del desventurado don Manuel.

No puedo afirmar con absoluta certeza que Galdós tomara este dato de Pirala, pero hasta que no tenga noticia de otra fuente más directa e inmediata al alcance de Galdós creeré que fue la Historia de Pirala la que le ofreció el dato. Tanto más fundamento me parece que tiene este juicio cuanto que en otras fuentes que mencionaré después el documento no se transcribe.

Hay más elementos de juicio para mantener la fundadísima creencia que acabo de exponer. Aparte de las notables omisiones, que a su modo resultan confirmatorias, como que resistieron en Vitoria un número pequeño de sublevados, de los que Zurbano cogió doce prisioneros y fusiló a cinco, dato que también Bermejo calla, hasta la relación de la muerte de Montes de Oca, que Pirala lo relata así:

«Hizo algunos encargos para su familia, pidió un chaleco, unos tirantes y un peine claro, abrazó a todos dándoles las gracias por las consideraciones que le habían tenido, se prolongó la hora de la ejecución hasta la una, por imposible antes, y a las doce y cuarenta minutos se despidió el sacerdote que le asistía, por no poder disuadirlo del empeño que tenía de dar la voz de ¡fuego! aunque ya logró desistiera de vitorear a la reina y los fueros. Se convocó a otros dos eclesiásticos letrados, para convencerle de que, en conciencia, no debía permitirle la voz de fuego por ser una especie de suicidio y se convino en que sólo diría: “Granaderos, la religión me prohíbe el mandaros hacerme fuego: caballero oficial haga usted su deber.”»

«A la una y por la puerta del ayuntamiento que da a la calle de San Francisco, subió a una carretela abierta: dio la mano al sacerdote para ayudarle a subir y se la besó, se compuso el gabán y marchó a toda carrera con el mismo sereno valor que había tenido, hablando con el sacerdote y mirando a todos lados. Apéose resueltamente en el paseo de la Florida, le dispararon cuatro granaderos del regimiento Reina Gobernadora, y no cayó; dio un paso adelante en dirección oblicua sobre la izquierda, se repitió la descarga por otros cuatro granaderos, y caído en tierra aún se agitaba y disparándole un tiro en la sién, quedó cadáver» (1).

Si el lector recuerda el relato que Galdós hace del comportamiento de Montes de Oca en capilla se habrá percatado que don Benito alude a un primer sacer-

(1) Pirala: *Historia de la guerra civil*, tomo VI, págs. 277-278, nota.

dote con el que no se puso de acuerdo el reo acerca de si podía o no podía dar la voz de fuego, añadiendo que se llamó a otros dos sacerdotes para ver de dilucidar el asunto. Este es dato que da Pirala.

La cuestión de si fue la obra de Pirala sobre la Guerra Civil, fuente primaria de Galdós, queda resuelta si consideramos el párrafo relativo al discutido folleto difamatorio contra la Reina María Cristina, por razón de un matrimonio con Muñoz.

Dice así Galdós:

«Debe decirse que si lo del casamiento no era más que un rumor, la naturaleza maligna del caso le daba tanto crédito que ya en 1840, poquísimas personas lo negaban: últimamente la desaveniencia ruidosa entre Cristina y su hermana contribuyó a difundir el secreto, pues doña Carlota refugiada en París, no halló mejor modo de distraer los ocios de su proscripción que refiriendo, con pormenores de verdad, todo idilio palatino y morganático. Se cuenta que Su Alteza patrocinó un libelo que sobre la regia historia escribieron plumas venales en la capital de Francia, el cual no pudo ver la luz pública porque nuestro Embajador, Marqués de Miraflores, se cuidó de recoger toda la edición y destruirla, no sin que escaparan algunos, muy poquitos ejemplares» (2).

El librero Vindel, semioculto tras el pseudónimo Cid Noe (3), cuenta que al publicarse el Episodio *Montes de Oca*, algunos curiosos preguntaron por el libelo de que quedaban tan poquitos ejemplares, y que en *El Liberal* del día 10 de mayo de 1900, aparecieron dos respuestas, coincidentes ambas en informar que Galdós había tomado la especie de la obra de Pirala *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*.

Testimonio muy claro de la atención que había puesto Galdós en leer la obra de Pirala, que no es dechado de amenidad.

El lector que recuerde la narración que he transcrito anteriormente que hace Galdós de la muerte de Montes de Oca, se pecatará de que don Benito acepta y quita partes de esta culminación del relato en el fusilamiento. Omite, por ejemplo, que fue Montes de Oca quien empezó el credo, omite el pormenor de que disparasen cuatro granaderos a la vez, recoge, sin embargo, el pormenor, de gran valor dramático e incluso visual de que *dio un paso adelante* antes de la segunda descarga. En este caso suprime la frase «hacia la izquierda», que distrae la atención del lector enfocándola en una precisión superflua.

A mi juicio Galdós tuvo presentes los dos relatos, el de Bermejo, y el de Pirala, y compuso una descripción de acuerdo con el personaje que había imaginado. Don Benito no ignoraba, era amigo personal de Pirala, que éste había dis-

(2) *Montes de Oca*, ed. Madrid, 1900, págs.

(3) *Historia de una librería*, Madrid, 1865-1821, págs. 133 y ss. Debo esta noticia al ilustrado librero de esta corte don Luis Bardón.

puesto de los archivos del Ministerio de la Gobernación y que conocía muy bien las provincias vascongadas sobre las que había escrito un libro que aún se lee con gusto y provecho. Sin embargo, se inclinó más por el texto de Bermejo, porque la vena didáctico moral de don Idefonso desaguaba con frecuencia en una visión dramática de los hechos que se avenía bien con algunos momentos de los *Episodios*, aparte de la común tendencia al didactismo que hemos comentado con anterioridad.

Advertiremos, por último, para remachar cuanto el examen comparativo nos ha permitido inducir que por fortuna podemos documentar acerca de cuándo tuvo noticias Galdós de sus fuentes principales respecto de Montes de Oca. En una carta de Mesonero Romanos de 19 de octubre de 1879, dice a Galdós que busque algunos datos que éste le pedía, en la *18.º de la Guerra Civil*, de Pirala y en la *Estafeta de Palacio de Bermejo* (4). Galdós pedía ayuda para documentar el episodio *Un faccioso más y algunos frailes menos*, según se desprende de la lista que escribió a Mesonero en 14 de octubre del año citado más arriba a la que Mesonero responde citando a Pirala y Bermejo (5).

Sospecho que desde que Mesonero le dio tan provechoso consejo, que don Benito tomó al pie de la letra, como se echa, sin más, de ver leyendo el episodio para el que pedía ayuda, no abandonó la consulta de los dos libros fundamentales que le sirvieron de guía para *Montes de Oca*.

En 1892, cuando preparaba *Zumalacárregui*, se encontró Galdós en Madrid, sin la *Historia de la guerra civil*, de Pirala y deseoso de comentarla con tranquilidad en su casa se la pide a Pereda, con las *Memorias de un setentón*. Pereda le responde que no tiene «la parte que Galdós necesita» de la obra de Pirala. Me atrevo a conjeturar que Pereda no tenía la edición de la *Historia Civil*, en que va añadida la Regencia de Espartero, en la que se cuenta, como el lector ya conoce, el pronunciamiento y muerte de Montes de Oca. De ser esta conjetura cierta la preocupación de don Benito por el ilustre marino y la idea de hacerle eje de un *Episodio*, venía de antiguo.

Unos dos años más tarde, según escribía *Montes de Oca*, Galdós necesitó más documentación y más directa, inmediata y pormenorizada, sumido como estaba en el drama personal de don Manuel Montes de Oca y su paz serena ante la muerte. De aquí que recurriese a los «archivos vivientes».

Por esta razón antes de concluir este artículo que podríamos llamar, introducción a las fuentes históricas del *Episodio Montes de Oca*, conviene que diga algo del «archivo viviente» que utilizaba Galdós.

En la carpeta núm. 7, legajo núm. 12 del Archivo de don Benito que se con-

(4) *Cartas a Galdós*, presentadas por Soledad Ortega, Madrid, 1964, pág. 35.

(5) V. *Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos*, publicadas por E. Varela Hevías, Madrid, 1943, págs. 53 y ss.

serva en el Instituto de su nombre en Canarias, hay una carta de Juan Combra, respondiendo a otra de don Benito que dice;

«La señora viuda de Soriano me citó anoche en su casa, y dijo que Montes de Oca no era pariente de ellos, aunque sí recordaba haber oído hablar de él a su marido.

Hoy va a escribir a Rodrigo, a Valencia, para que le diga si él sabe haya entre los papeles que él ha reparado de su casa, alguna carta o retrato, para buscarlo, en este caso, y ponerlo a su disposición.

Es todo cuanto puedo comunicarle, etc., etc.»

La carta está fechada el sábado 7 de abril de 1900, Galdós debió recibirla, como supone el profesor Cardona (6), cuando estaba a la mitad del *Episodio Montes de Oca*.

El señor Soriano que se menciona como Rodrigo, debió de ser Soriano Barroeta Aldamar, de Guipúzcoa, gran amigo de Blasco Ibáñez, durante algún tiempo compañero de destierro con Unamuno en las Chafarinas, periodista y político de mucha celebridad durante el primer tercio del actual siglo.

Imagino que Galdós, ansioso por tener más y mejor conocimiento sobre su personaje, buscaría alguien próximo a la familia de Montes de Oca, que, y el lector disculpe si repito alguna otra vez esta idea, debió encontrar si juzgamos por algunos hechos muy concretos que don Benito describe que no se encuentran en las fuentes impresas.

Del conjunto de datos que poseemos, puede inducirse que Galdós tenía desde muy antiguo la idea de cuáles eran los momentos fundamentales de la historia de España que habian de servir de nudos en la red de la narración completa de la historia de España contemporánea desde *Trafalgar* hasta *Cánovas* (7). De aquí que su curiosidad y el acopio de datos sean permanentes y no corresponda sólo al periodo en que redacta los *Episodios*.

(6) R. Cardona: «Apostillas a los *Episodios Nacionales* de Hans Hinterhauser», *Anales Galdosianos*, III, 1968, págs. 136-140.

(7) Cfr. W. T. Pattison: «The prehistory of the *Episodios Nacionales*», en *Rev. Hispania*, vol. 53, núm. 4, diciembre 1970.